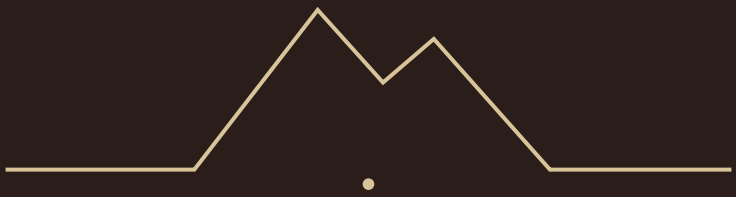
NICCOLÒ MACHIAVELLI · 1469–1527

Lo que se ve y lo que se toca



Maquiavelo y el arte de vivir entre los demás

M & D

M & D

Lo que se ve y lo que se toca

Maquiavelo y el arte de vivir entre los demás

Un recorrido por el pensamiento de Niccolò Machiavelli
a través de las etapas de la experiencia

Lo que se ve y lo que se toca. Maquiavelo y el arte de vivir entre los demás

© 2026 M&D. Todos los derechos reservados.

Primera edición digital, 2026.

Este libro electrónico se vende para uso personal del comprador. Queda prohibida su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, total o parcial, por cualquier medio, sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Los textos de Niccolò Machiavelli citados pertenecen al dominio público. Las traducciones al español son propias de esta edición, salvo indicación contraria. Los criterios de cita, paráfrasis e interpretación se explican en «Fuentes y criterios», al final del volumen.

La organización del libro por etapas de la experiencia es una decisión editorial de esta obra y no una clasificación de Maquiavelo.

Formato A5 (148 × 210 mm). Compuesto en EB Garamond (SIL Open Font License).

Índice

Antes de empezar 5

Parte I Aprender a mirar 9

1 Lo que se ve y lo que se toca 10

2 El sitio entre los otros 14

3 Confiar antes de saber 18

Parte II Descubrir qué sostiene los vínculos 21

4 El rencor que nace del bien 22

5 Cuando ya no hacemos falta 26

6 El regreso de quien rompió la confianza 30

Parte III Elegir y asumir las consecuencias 34

7 La ambición y lo que cobra 35

8 Decidir sin garantías 39

9 El precio de conservar 43

Parte IV Comprender lo que queda 47

10 Cuando cambian los tiempos 48

11 Mirar atrás sin mentirse 52

12 Lo que merece pasar a otras manos 56

Cierre 60

Notas 63

Fuentes y criterios 68

Antes de empezar

El ser humano no muestra todo lo que es. Aprende a sonreír cuando desconfía, a callar cuando calcula, a ofrecer lealtad incluso cuando sus intereses apuntan en otra dirección. No siempre es la maldad lo que mueve sus actos; a veces es miedo, otras ambición, y muchas veces la necesidad de conservar lo que teme perder.

Lo incómodo de esta observación no es que describa a los demás. Es que también nos describe. Cualquiera que haya callado una opinión para no perder un sitio, que haya sido amable con alguien a quien no soportaba porque lo necesitaba, o que haya defendido una decisión ya tomada con más firmeza que convicción, sabe que entre lo que se siente y lo que se muestra hay un espacio. Ese espacio no es necesariamente hipocresía. Muchas veces es lo único que permite seguir conviviendo. Pero es también el lugar donde nacen los malentendidos, las decepciones y esa sensación tan particular de no haber comprendido a tiempo lo que estaba pasando delante de nosotros.

Hubo un hombre que dedicó su inteligencia a mirar precisamente ese espacio. No lo hizo desde un púlpito ni desde una cátedra, sino desde las antesalas del poder, desde las misiones diplomáticas, desde las negociaciones en las que una palabra mal medida podía costar una ciudad. Se llamaba Niccolò Machiavelli. Nació en Florencia en 1469, sirvió durante catorce años a la república como secretario de la Segunda Cancillería, viajó a las cortes de reyes, papas y condotieros, y lo perdió todo en 1512, cuando los Médici regresaron a la ciudad. Fue destituido, acusado de conspirar, encarcelado y torturado. Al quedar libre se retiró a una pequeña finca en Sant'Andrea in Percussina, a pocos kilómetros de Florencia. Allí, sin cargo, sin dinero y sin saber si volvería a ser útil a alguien, escribió las páginas por las que hoy lo conocemos.

Conservamos una carta de aquellos meses. En ella cuenta a su amigo Francesco Vettori cómo pasa los días: ha pasado el otoño cazando tordos con liga, discute con los leñadores, lee a los poetas junto a una fuente, juega a las cartas en la posada con el carnicero, el molinero y dos caleros, y se pelea con ellos por

una moneda insignificante. Al caer la tarde vuelve a casa, se quita la ropa del día, cubierta de barro, y se pone vestiduras dignas de una corte. Así vestido entra, dice, en las antiguas cortes de los hombres antiguos, les pregunta por las razones de sus actos, y ellos, por su humanidad, le responden. Durante cuatro horas no siente ningún hastío, olvida toda pena, no teme la pobreza ni le asusta la muerte.[1]

Es una escena que conviene tener presente antes de leer cualquier frase suya. El autor de las observaciones más frías sobre la conducta humana era un hombre apartado, humillado y sin poder, que buscaba en la conversación con los muertos una manera de entender por qué los vivos actúan como actúan. No escribía desde la victoria. Escribía desde la pérdida, y quizá por eso miraba sin adornos.

* * *

Su fama posterior le ha hecho poco favor. Su apellido se convirtió en adjetivo, y el adjetivo terminó significando astucia sin escrúpulos, cálculo frío, manipulación. Algo de eso hay en sus páginas, y no tendría sentido negarlo: hay pasajes de *El príncipe* que siguen resultando duros, y otros que deben leerse en el contexto de una Italia invadida, fragmentada y violenta, donde la supervivencia de un Estado dependía de decisiones que hoy nos parecerían intolerables. Pero reducirlo a esa caricatura es perder lo más valioso que dejó: una manera de mirar.

Esa manera de mirar cabe en una expresión que él mismo usó. En el capítulo XV de *El príncipe* advierte que va a ocuparse de la «verdad efectiva de la cosa» y no de la imaginación que uno se hace de ella. Muchos, dice, han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran, porque hay tanta distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que quien abandona lo que se hace por lo que se debería hacer aprende antes su ruina que su conservación.[2]

No es una invitación a renunciar a los ideales. Es una advertencia sobre el precio de ignorar cómo funcionan las cosas. Quien espera de las personas lo que las personas deberían ser, y no lo que suelen ser, acaba sorprendido una y otra vez por lo mismo. Y la sorpresa repetida no es inocencia: es una forma de no aprender.

Este libro toma esa mirada y la traslada a un terreno que Maquiavelo no trató directamente, aunque lo rozó en cada página: la vida de cualquiera. No la del príncipe que conquista una provincia, sino la de quien entra en un grupo y quiere ser aceptado, la de quien ayuda y no recibe lo que esperaba, la de quien tiene que decidir sin saber cómo saldrá, la de quien ha conseguido algo y descubre lo que cuesta conservarlo, la de quien mira atrás y se pregunta qué ha aprendido. Él escribió sobre Estados; aquí se leerá lo que esos escritos dicen de los vínculos, las decisiones y los cambios de una vida. Esa traslación es una lectura, no una doctrina suya, y el libro procurará que se note cuándo habla Maquiavelo y cuándo se está pensando a partir de él.

* * *

Hay algo más que conviene decir pronto, ahora que ya estamos dentro del asunto.

Estas páginas no están escritas para una edad ni para una posición. Pueden llegar a manos de alguien que empieza a decidir por su cuenta y todavía no sabe cuánto pesan las decisiones, y a las de alguien que ha tomado muchas y carga con varias. A las de quien cuenta cada moneda y a las de quien administra un patrimonio que no cabría en esa cuenta. A un padre, a una hija, a un abuelo que ya ha visto cambiar más de una vez lo que parecía fijo. Lo que se pone en juego en ellas —querer pertenecer, necesitar reconocimiento, confiar, sentirse utilizado, ambicionar, perder, cambiar— no distingue entre fortunas ni entre generaciones. Cambia la escala, cambian los escenarios, pero el temblor de quien no sabe si ha hecho bien en fiarse es el mismo en una cocina que en un consejo de administración.

Tampoco están escritas para una sola lectura. Un mismo pasaje puede decir una cosa a los veinte años y otra muy distinta a los cincuenta; puede parecer exagerado antes de una decepción y exacto después de ella, o al revés: puede parecer una verdad definitiva en un momento de amargura y revelarse, años más tarde, como solo la mitad de la verdad. Si alguna página no dice nada ahora, quizá no sea la página. Quizá todavía no sea el momento.

El recorrido del libro sigue esa idea. Empieza por las primeras formas de mirar y de confiar, pasa por lo que sostiene y lo que rompe los vínculos, llega a las

decisiones propias y a lo que exigen, y termina en una mirada más amplia sobre el cambio, la memoria y lo que merece conservarse. No son edades. Una primera decepción puede llegar a cualquier edad, y hay comienzos que suceden tarde. El orden es el de la experiencia, que no siempre coincide con el del calendario, y es una decisión de este libro, no una clasificación que Maquiavelo propusiera.

Una última advertencia, sobre las palabras. Circulan muchas frases atribuidas a Maquiavelo que él nunca escribió. Algunas se parecen a su pensamiento; otras lo contradicen; casi todas suenan más rotundas que él. Aquí las citas proceden de sus obras y de su correspondencia, se indica de dónde salen, y las traducciones son propias salvo que se diga otra cosa. Cuando una idea suya se cuenta con otras palabras, se presenta como lo que es. Y cuando el texto se aleja de él para pensar por su cuenta, se aleja a la vista.

No se trata de aprender a desconfiar de todos. Se trata de ver mejor. Y ver mejor a los demás, como se irá comprobando, casi siempre termina obligando a verse mejor a uno mismo.

PARTE I

Aprender a mirar

Todos ven lo que pareces; pocos palpan lo que eres.

— *El príncipe*, XVIII

1

Lo que se ve y lo que se toca

Hay una experiencia que casi todo el mundo atraviesa sin ponerle nombre. Alguien nos describe —en una conversación, en un comentario de pasada, en una frase que no iba dirigida a nosotros— y no nos reconocemos. Nos han visto seguros cuando estábamos aterrados. Nos han creído fríos cuando estábamos conteniéndonos. Han interpretado como arrogancia lo que era timidez, como indiferencia lo que era cansancio, como fortaleza lo que era simplemente no tener a quién contárselo. Y lo primero que sentimos es la necesidad de corregir: no, no soy así, no era eso.

Lo segundo, si uno lo piensa con calma, es más inquietante. Esa imagen equivocada no es un accidente que se resuelve aclarando las cosas. Es la forma normal en que los demás nos conocen.

Maquiavelo lo dijo en uno de los pasajes más citados de *El príncipe*, aunque casi siempre se cita a medias. En el capítulo XVIII, después de explicar qué cualidades conviene que un gobernante aparente, escribe:

> Los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos, porque ver le toca a todos y tocar a pocos. Todos ven lo que pareces; pocos palpan lo que eres.[1]

En su contexto, la frase forma parte de un argumento político incómodo: como la mayoría solo ve la superficie, al príncipe le basta, en ciertas circunstancias, con parecer clemente, leal, íntegro y religioso, aunque sus actos tengan que apartarse de esas virtudes cuando la necesidad lo exige. Es uno de los pasajes que dieron a su autor su mala fama, y no es necesario suscribirlo para reconocer que la observación que lo sostiene es exacta. Entre lo que somos y lo que llega a los demás hay una distancia que no depende solo de nuestra sinceridad. Depende de la posición desde la que se nos mira.

* * *

El propio Maquiavelo ofreció una imagen para comprenderlo, y la puso nada menos que en la dedicatoria del libro. Quienes dibujan paisajes, explica, se sitúan abajo, en la llanura, para considerar la naturaleza de los montes y de los lugares altos, y suben a lo alto de los montes para contemplar los valles. Del mismo modo, para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe, y para conocer bien la de los príncipes hay que ser pueblo.[2]

Lo escribía un hombre sin cargo a otro que lo tenía todo, y la imagen funcionaba también como una forma discreta de justificarse: desde abajo se ve lo que desde arriba no se ve. Pero contiene una idea que va mucho más allá de esa dedicatoria. Nadie puede verse a sí mismo desde fuera. Uno conoce su interior, sus motivos, sus dudas, la historia que explica cada gesto; los demás conocen la forma de la montaña. Ninguna de las dos visiones es completa, y ninguna es del todo falsa. El que está en la llanura no ve lo que hay en la cumbre, pero ve el contorno que el que está en la cumbre nunca verá.

Por eso la corrección inmediata —«no soy así»— suele fallar. Puede que no seamos así por dentro. Pero quizá sea exactamente eso lo que se ve desde donde ellos están. Y lo que se ve también tiene consecuencias: la gente se acerca o se aleja, confía o desconfía, nos busca o nos evita según esa forma exterior, no según la intención que la explica.

* * *

De esta observación se pueden sacar dos conclusiones opuestas, y las dos son peligrosas.

La primera es la del cinismo: si lo que cuenta es lo que se ve, ocupémonos solo de lo que se ve. Cuidemos la imagen, calculemos cada gesto, mostremos la seguridad que no tenemos y escondamos todo lo que pueda parecer debilidad. Tiene algo de razonable —la presencia que proyectamos influye en cómo nos tratan—, pero olvida la segunda mitad de la frase. Maquiavelo no dijo que nadie palpa lo que eres. Dijo que pocos. Y esos pocos son, casi siempre, los que más importan: los que conviven con nosotros, los que dependen de nuestras decisiones, los que estarán cerca cuando la imagen ya no sirva de nada. A ellos no se les engaña con la apariencia durante mucho tiempo. Quien vive solo para lo que se

ve termina rodeado de personas que solo conocen eso, y descubre tarde que una imagen no puede acompañarle a uno en una mala noche.

La segunda conclusión es la de la transparencia total: si la apariencia engaña, mostrémoslo todo. Expliquemos cada intención, confesemos cada duda, entreguemos nuestra fragilidad a cualquiera para que nadie pueda equivocarse sobre nosotros. También aquí hay algo valioso —la autenticidad tiene un peso que la imagen no tiene—, pero la conclusión ignora que no todos los que miran lo hacen con la misma intención. Mostrar una vulnerabilidad es poner algo en manos de otro. Puede ser un acto de confianza que fortalezca un vínculo; puede ser también entregar a alguien el mapa exacto de dónde duele. La intimidad no es un deber que se tenga con todo el mundo. Es algo que se ofrece, y ofrecerla con criterio no es mentir.

Entre esos dos extremos está el terreno difícil, el de la reserva. Reservarse no es fingir. Es decidir qué parte de uno mismo se deja tocar y por quién. Todos lo hacemos: no contamos lo mismo en una reunión que en una sobremesa, ni a un desconocido que a un hermano. Esa graduación es sana. Es, de hecho, una de las formas en que se construye la confianza: se va mostrando más a medida que el otro demuestra que sabe sostener lo que se le muestra.

* * *

El problema aparece cuando la reserva deja de ser una decisión y se convierte en un hábito del que ya no se sabe salir.

Hay una carta de Maquiavelo, escrita en mayo de 1521 a su amigo Francesco Guicciardini, que suele leerse como una confesión de cinismo y que en realidad es mucho más interesante. Estaba en Carpi, enviado a un capítulo de frailes franciscanos por un encargo menor que le resultaba ridículo, y bromeaba sobre su propia situación. En medio de la broma escribe que desde hace un tiempo no dice nunca lo que cree, ni cree nunca lo que dice, y que si alguna vez se le escapa una verdad, la esconde entre tantas mentiras que resulta difícil encontrarla.[3]

Es una frase escrita con ironía, entre amigos, por alguien que se reía de su oficio. Pero contiene una advertencia involuntaria. Quien se acostumbra a esconder la verdad entre otras cosas acaba teniendo dificultades para encontrarla él mismo. La máscara no empieza cuando uno oculta algo; empieza cuando ya

no recuerda qué había debajo. Hay personas que se protegieron tanto tiempo —por buenas razones, después de heridas reales— que la protección terminó ocupando el lugar de lo protegido. Ya no muestran su fragilidad porque ya no saben dónde está. Y lo que empezó como una forma de cuidarse se convierte en una forma de estar solo en compañía.

Una pista útil para distinguir la reserva de la máscara es esta: la reserva se puede levantar. Se elige cuándo y ante quién. La máscara, en cambio, ya no responde a ninguna elección; aparece también ante quienes no hace falta, también cuando estamos a salvo, también cuando la persona que tenemos delante ha demostrado sobradamente que merece ver lo que hay detrás.

* * *

Queda la cuestión de la seguridad en uno mismo, que tantas veces se confunde con la imagen. Se puede aprender a parecer seguro: hay gestos, tonos y posturas que lo transmiten. Pero la seguridad que se sostiene en el tiempo no procede de la imagen que proyectamos, sino de algo menos visible: de saber, más o menos, quiénes somos cuando nadie nos mira. Quien depende por completo de cómo es visto queda a merced de cada mirada. Quien conoce lo que hay en la cumbre puede tolerar que desde la llanura se vea otra cosa, porque no necesita que todos lo comprendan para seguir sabiéndolo.

La mirada ajena importa —Maquiavelo, que pasó la vida pendiente de cómo lo percibían quienes podían emplearlo, lo sabía bien—, pero conviene tomarla por lo que es: un dato sobre cómo se nos ve, no un veredicto sobre lo que somos.

Y hay una consecuencia que suele olvidarse. Si los demás nos juzgan con los ojos, nosotros también los juzgamos así. También nosotros vemos la forma de la montaña y creemos conocer su interior. La persona que nos parece arrogante quizá esté conteniendo el mismo miedo que nosotros contenemos; la que parece no necesitar a nadie quizá no tenga a quién contárselo. La frase de Maquiavelo, leída hasta el final, no es solo una advertencia sobre cómo nos ven. Es una advertencia sobre lo poco que vemos.

FIN DE LA MUESTRA

Aquí termina el primer capítulo

El libro completo continúa con once capítulos más,
el cierre, las notas y las fuentes.

Lo que se ve y lo que se toca
Maquiavelo y el arte de vivir entre los demás
M&D